

30 años sem Manuel Puig / 30 años sin Manuel Puig

Jornada virtual internacional - 22 de julio de 2020

¿Por qué leer a Manuel Puig?

Por Patricia Bargeró

Por qué leer a Manuel Puig me preguntan y sólo se me ocurre una respuesta. Porque incomoda. Leer a Puig es padecerlo. Es aceptar el reto de hurgar en nuestra propia oscuridad, esa que se nos cuela en las palabras, y cruza nuestras rutinas y costumbres cotidianas.

Atravesados por las habladurías y los rumores somos incapaces de abrir los silencios y observación necesarios para reconocer que sufrimos, pero también replicamos diversos modos de desprecio y violencia, mucho más sutiles y enmascarados en estos tiempos. Por eso hay que leerlo. Para que esas formas se nos revelen y nos ayuden a darnos cuenta.

Un aguijón, una espina difícil de quitar. Así lo siento. De ese modo me acompaña. Me interpela no sólo con sus textos, también con lo que menciona en las entrevistas y notas que le han hecho. Por ejemplo, esa observación ante la que siempre me obliga a detenerme en la que habla de ese juego que él veía ya desde muy chico:

“Yo siempre tuve presente aquel ejemplo de los empleados de mi padre, que eran muy sumisos, que eran una persona allí en el trabajo, después volvían a la casa y se transformaban con la mujer y los hijos. Cambiaban de voz, cambiaban de gestos...”

De qué forma nos repetimos en las conductas de esos hombres que observaba Manuel cuando era chico. Sus afirmaciones no dejan de cuestionarme. Vuelvo a la cita: *“Trasladaban problemas laborales a la célula familiar, y cómo se descargaban de todas las humillaciones. Siempre una cadena de explotación, siempre tenía que haber alguien que pagaba por los platos rotos”*¹. La frustración hecha violencia contra los más débiles, transformada en furia cotidiana.

El escritor nacido en este pueblo se toma el tiempo para mostrar los engranajes de ese mecanismo, y en cuatro de sus ocho novelas (las dos primeras y las dos últimas), se detiene para darles espacio y voz a esos personajes a los que siempre les toca pagar los platos rotos, los eslabones más débiles de la cadena: Toto, Felisa y Amparo en *La traición de Rita Hayworth*; Raba y la chica de 13 años violada por Juan Carlos en *Boquitas pintadas*; María da Gloria en *Sangre de amor correspondido*; Wilma, María José y todas esas chicas que, terminado el fin de semana, son arrojadas como desecho en *Cae la noche tropical*. Qué violencias arrastran sus victimarios. A qué mandatos responden. Qué papel jugamos nosotros dentro de esa estructura. Ellas no son más que el rostro fiero de nuestra violencia diaria, siempre más sutil y civilizada.

Meternos en el mundo Puig es adentrarnos en un lugar en el que todo será puesto en cuestión. Basta con leerlo para que ya no podamos sentirnos inocentes. Así me llega en cada lectura, en cada regreso a sus textos. Inquisidor. No sé por qué, supongo que debido a esa tradición judeocristiana que nos tortura desde siempre, pero a mí me gusta el tono con el que me contraría e incomoda.

¹ Seminario sobre la obra de Manuel Puig en la Universidad de Gotingen, Alemania, 29 de mayo de 1981, (en: Romero, Julia. *Puig por Puig, imágenes de un escritor*. Investigación, compilación, notas a cargo de Julia Romero. Madrid, Iberoamericana, 2006, p. 217)

Soy de un pueblo que queda a pocos kilómetros de General Villegas, este lugar donde él nació hace casi 88 años y donde vivo desde hace más de 30. He escuchado su nombre desde muy chica. Tendría 8 o 9 años cuando oí los primeros rumores. Decían que era un mal tipo, un desagradecido que había escrito un libro lleno de chismes en el que difamaba a familias importantes. La responsable de eso, decían también, era su madre, una forastera que se había casado con uno de los más lindos del pueblo pero odiaba a Villegas. Yo era chica para leer esas cosas pero años después no quise asomarme a su mundo. No estaba dispuesta a perder tiempo en la lectura de algo escrito por un tipo tan resentido.

Por eso me demoré tanto en leerlo. Las pocas veces que me crucé con sus libros, trabajando en alguna biblioteca mientras estudiaba en Buenos Aires, había revisado sólo los títulos. *Boquitas pintadas*, que era la única novela que yo había escuchado nombrar, no estaba en los estantes y los demás *¿La traición de Rita Hayworth?*, *¿The Buenos Aires affair?* no, ninguno lograba interesarme. Tuvieron que pasar muchas cosas para que yo me detuviera en ellos.

Un accidente que me dejó cuadripléjica me trajo a General Villegas, a trabajar en la Biblioteca Pública. Por esos primeros años, 1985, 1986, de visita por la Feria del Libro que se hace todos los años en Buenos Aires nos encontramos con Eduardo Gudiño Kieffer, un escritor argentino muy leído por entonces. Susana Cañibano, directora de la biblioteca, lo invitó a visitarnos y él respondió con una pregunta *“¿y por qué no invitan a Puig?”* Nuestras explicaciones terminaron en algo así como *“porque él no quiere venir”*, pero en realidad ni siquiera sabíamos por dónde andaba y habíamos hecho muy poco por entablar algún tipo de vínculo con él.

Esa fue la primera vez que sentí culpa. Por no haberlo leído. El tipo parecía reconocido dentro del mundo de los escritores, más allá de lo que pensáramos de él. Ya no importaba que sólo hubiera escrito un montón de chismes, después de todo era el escritor del pueblo. No me quedaba otro remedio.

Entonces sentí la segunda culpa. Porque leer a Puig fue para mí demoledor. Más allá de ese juego extraño que me planteaba su lectura, ya no pude escapar de sus redes. Me vi en todos sus personajes, me conmoví ante la soledad de cada uno de ellos, sobre todo ante el dolor y la aridez que rodeaban a Toto.

Allí estaba el pueblo, imposible negarlo, éste y todos los pueblos. Qué había pasado, qué había leído toda esa gente tan enojada con él, décadas atrás. Por qué esa irritación, ese desencuentro. Por entonces se iniciaron los talleres de lectura en la biblioteca y yo veía que las 10 o 15 personas que asistían también se conmovían ante sus relatos. ¿Qué le había sucedido a los demás?

Manuel todavía vivía. Los primeros talleres fueron en 1988, pero él jamás llegó a enterarse. Murió creyendo que acá, en su pueblo, todavía se lo odiaba. Y ahí sentí la tercera culpa, 30 años atrás, ese domingo en el que un flash informativo interrumpió la película que estaba viendo para notificar su muerte.

Nos habíamos dejado estar. Supongo que hasta el momento sentíamos que Puig era un tipo joven que vivía en algún lugar del mundo y que cuando quisiéramos podríamos contactarlo. Pero

no, ya no. Ese escritor maldito ahora había muerto y no había modo de remediar esa ausencia total y definitiva.

Sin embargo, él no se fue con su muerte. Siguió inquietándome, llenándome de interrogantes. Así que tiempo más tarde y con todas mis culpas a cuestas me tomé el trabajo de salir por las escuelas con *Boquitas pintadas*, para leer con los adolescentes y ver qué sentían esos pibes y pibas al leerlo, qué preguntas surgían. Para mi goce, empecé a ver que también allí se planteaban cuestiones similares a las que me sacudían a mí desde que había ingresado en sus textos.

Me gustaba ver lo que pasaba en las escuelas. Me metía en las aulas, y encontraba que en uno y otro grupo los adolescentes cuestionaban la doble moral, los juegos de poder, el machismo. Se abrían grandes debates. Algo empezaba a despertar. Yo me iba feliz de las aulas, pensando que de algún modo estaba ayudando a cambiar la historia. Pero, ya sabemos cómo es la realidad, se te aparece de golpe y te baja a tierra con toda su furia.

10 años atrás acá, en General Villegas, tres adultos abusaron de una menor, filmaron el abuso y lo pusieron a circular. El video se volvió viral y a los pocos días ese era el único tema de conversación en el pueblo. Lo más alarmante fue ver que cuando los hechos se ponían en cuestión todos atacaban a la menor abusada y, abierta una causa judicial, se convocó a una marcha a favor de los abusadores. Una marcha que tuvo éxito, en la que participó mucha gente, en la que la mayoría eran jóvenes y eran mujeres.

Yo no podía entender que eso estuviera pasando, así que tomé a *Boquitas pintadas* de nuevo y volví a las aulas. Ahí vi con dolor que, tras el análisis del libro, similar a tantas otras veces, en cuanto bajábamos a nuestra realidad cotidiana y hablábamos del caso puntual, todos y todas atacaban a la chica.

Pero no fue la única vez. Hubo, hay... no tiene sentido detenerme a mencionar cada uno de los casos que estallan en el pueblo y me llevan a pensar en él, a veces porque superan ampliamente su ficción.

Por eso hay que leer a Manuel Puig, porque él se adelantó por varias décadas a plantear los problemas que padecemos desde siempre pero ante los que nos detenemos recién ahora. Porque fue uno de los primeros (por lo menos para mí) en trabajar estas cuestiones desde adentro, con su propia voz, con las voces y los recursos a través de los cuales se teje la trama.

Ese nene que elegía cada tarde entrar en la sala de cine para evadirse de la realidad que le había tocado nos habla ahora del monstruo silencioso que todos y todas llevamos adentro. Cuando vamos a sus novelas encontramos rápidamente personajes que muy bien pueden ser leídos como predadores, vampiros, zombies. Sus textos nos muestran el rostro de la creatura, uno más refinado, casi inasible, uno que se las arregla muy bien para pasar desapercibido. Como el

diablo², cuyo mejor logro es hacernos creer que no existe, así sucede con nuestros monstruos. Nos creemos tan buena gente, tan justificados y respetables, pero basta con muy poquito para que afilemos nuestras garras y nos dispongamos al ataque. Nosotros, nosotras, los victimarios, también somos sus víctimas y lo seguiremos siendo mientras no nos atrevamos a mirarnos en los espejos que Manuel Puig nos muestra.

Somos parte de esa maquinaria que él siempre ha denunciado. Por acción u omisión somos los perpetradores de la violencia que sufren Amparo y Felisa, Toto y Paquita, Raba y las demás. Negar que estamos involucrados en lo que ellas padecen nos convierte aún más en personajes puigueanos.

Manuel Puig murió sin saber que en Villegas nos habían empezado a pasar otras cosas mientras lo leíamos, pero yo hoy no puedo decir que se cumplan 30 años **sin** Manuel, porque estos 30 años fueron absolutamente **con** él. Nunca estuvo tan presente, tanto y de tantas maneras. Por lo menos para mí, y sé que también para muchos.

En 1993 se contactó con nosotros gente de la Universidad de la Plata. José Amícola habló con Susana para decirle que junto a otros docentes y alumnos querían visitar Villegas. Entre ellos Graciela Goldchluk, hoy curadora de su obra, y Julia Romero, que participan también en estas jornadas y quienes, junto a los que quisieron ser parte de ese viaje nos ayudaron a concretar el primer homenaje realizado al escritor en nuestro pueblo.

Debo aclarar algo: que se hiciera el homenaje no significó que acudiera mucha gente. Es cierto, llovía, era invierno, pero el público no superó las 10 o 15 personas que antes había participado en los talleres de lectura, y dos años más tarde la historia volvió a repetirse. Entonces tuvimos que pensar nuevas estrategias. En 1997, ante el primer homenaje internacional que se realizaba en la Plata, nos preguntamos de qué modo podíamos volverlo más popular, llegar a más gente, sacudir esa modorra pueblerina.

Hablamos con la murga local y con sus integrantes iniciamos los recorridos por los lugares mencionados en *La traición de Rita Hayworth* y *Boquitas pintadas*, sus dos primeras novelas, las que tienen lugar en Coronel Vallejos, ese *alter ego* de este General Villegas, y entonces fue posible ver a Toto que salía con Mita rumbo al Cine Español, o a Juan Carlos llegar hasta la comisaría para hablar con Pancho, seguidos por un centenar de personas.

Más tarde sumamos cine, teatro, música, muestras de arte. Pibes y pibas que jamás lo habían leído empezaron a hacerlo para ser parte de los *Puig en acción*, nombre que tomó la propuesta a partir de 2001. Los homenajes que se iniciaron desde la Biblioteca Pública son organizados desde 2006 por la asociación civil *Te Queremos Tanto*, creada por los mismos participantes con este fin, hoy a cargo de Susana Garat, una directora de teatro.

² Frase que se hizo célebre en la película *Los sospechosos de siempre* (Bryan Singer, 1995), aunque algún exquisito atribuye a Baudelaire

Nos encontramos a 30 años de la muerte de Manuel Puig, a más de 25 del inicio de nuestros homenajes. Todos estos años han sido años ganados junto a él. Manuel se volvió una presencia cercana, entrañable. Ahora, que mi cuerpo ha empezado a flaquear, ya no voy por las aulas con *Boquitas pintadas*, y sólo hago algunas colaboraciones en los homenajes actuales, pero él sigue siendo parte de mí como una piel, una mirada. No puedo ver al pueblo, ni a los demás, ni verme a mí misma más que a través de sus ojos. Todo hecho o acontecimiento que suceda a mi alrededor trae siempre a alguno de sus personajes, escenas de sus libros, algo de lo que cuestionó o dijo.

Quienes entran en el mundo Puig lo saben. Este es un viaje de ida. Sin embargo, las movidas que hemos venido realizando en Villegas no han logrado que se lo acepte incondicionalmente, como me gustaría, también se lo sigue despreciando. Aquí se lo ama y se lo repudia con la misma intensidad, no hay espacio para los neutros.

¿Seremos alguna vez mejores? Eso creíamos por ejemplo cuando la pandemia se movía en espacios lejanos, y veíamos fotos de cisnes y defines por los canales de Venecia. Seremos mejores decíamos hasta que se confirmó que un trabajador de nacionalidad boliviana era el primer caso de COVID-19 en Villegas.

La violencia de género continúa en aumento, el desprecio y la discriminación se mueven de la misma forma en la calle que en las escuelas o en los espacios de trabajo, y vemos que en medio de la pobreza exacerbada por la pandemia el poder económico sigue peleándola para no ceder privilegios. Aun así me niego a perder la esperanza. Por eso quiero cerrar con algo que dijo Manuel alguna vez y que me gusta repetir:

*“Tenemos que tener el coraje de lanzarnos a nuestra utopía y pensar cualquier tontería porque si no se concibe esa utopía, no se va a cambiar nada en una sociedad donde hay tanto para cambiar”*³. Tener el coraje nos dice, para seguir dando batalla. El coraje que tienen esas pibas que alzando sus pañuelos verdes cuestionan y socavan el *status quo*, pero también el coraje para mirarnos al espejo. La sensibilidad, el oído alerta ante la otra, el otro, ante uno mismo.

Hay mucho para cambiar, sí. Necesitamos usar toda la creatividad de la que seamos capaces para convertir esta aridez en barro, en una arcilla generadora de nuevos vínculos, más honestos y solidarios.

“Pero el que quiere volar así en su imaginación cae, tiene esa caída inevitable en la realidad”, nos advierte nuestro escritor mientras ríe. Él sabe de caídas, pero jamás se amedrentó. Volvió a levantarse una y otra vez, siempre apelando a nuevos recursos, y ahora nos cuenta qué hacer y cómo hacerlo: *“Ahí el secreto está, en ese momento de la caída, cómo no quedar lisiado, paralizado para siempre, cómo rehacerse”*. Y nos señala: *“Bueno, tener cierta capacidad con los propios sueños, cierta capacidad de ironía, y reírse de los propios sueños y reírse de la realidad absurda que nos ha tocado”*.

³ *Conversación con Olga Nolia*. Río Piedras, Puerto Rico, Revista de la Universidad Metropolitana, 1988. (En: *Puig por Puig*, p. 300).